

EL AYER Y EL HOY DE LA VIOLENCIA EN COLOMBIA: CONTINUIDADES Y DISCONTINUIDADES

Alvaro Camacho Guizado*

I. INTRODUCCION¹

El que la violencia Colombiana se manifieste tan persistentemente, el que abarque varias órbitas de la vida social y al parecer se resista tanto a su estudio desapasionado como a las terapias propuestas puede tentar a más de un observador de la realidad social colombiana a ver líneas de continuidad entre la Violencia de la década de los cincuentas y la de los años actuales. Parecería que nuestra violencia es un demiурgo, una esencia, capaz de producir su propia realidad y aparecer con distintos ropajes.

Es cierto, desde luego, que este fenómeno nos ubica como uno de los países más violentos del mundo, y que la persistencia histórica de algunas de sus manifestaciones llama la atención de cualquier analista. Sin embargo, un análisis comparativo de sus manifestaciones en el pasado y en el presente nos permiten ver que más allá del hecho de muerte se manifiestan diferencias tan fuertes que invalidan la idea de que la violencia es una sola y que no varía en el tiempo. Más aún, es posible decir que a pesar de que pueden observarse algunas expresiones que presentan rasgos que remiten a pen-

sar en formas de continuidad, otros, por el contrario, se descubren como fenómenos enteramente nuevos. En todo caso, en cualquiera de esas diferentes manifestaciones se tendría que entender que hay circunstancias históricas específicas, coyunturales unas, más estructurales otras, que explican su presencia, y que por lo mismo las explicaciones tienen que partir del reconocimiento de esas especificidades.

Para el análisis propuesto recurramos a los conceptos de campo social de conflicto y de escenario, que han mostrado ser fructíferos en esta tarea².

Entendamos por campos sociales de conflicto los conjuntos, diferenciados pero en estrecha conexión, de relaciones e instituciones económicas, políticas y sociales y de principios éticos y simbólicos a partir de los cuales adquieren identidad las acciones violentas, y por escenarios los complejos de acción en los que se plantea o resuelve una relación de violencia. Estos conceptos operacionales son útiles para describir y comprender los hechos violentos aparentemente contingentes o caóticos, y se concretan operacionalmente en componentes como actores, intereses, recursos y direccionalidad.

* Sociólogo, investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.

1 Agradezco los comentarios que hicieron Jorge Hernández, Nora Segura, Fabio Velásquez y Jaime Arocha. Gonzalo Sánchez me hizo múltiples recomendaciones que he tratado de recoger. Los materiales sobre Medellín me fueron facilitados por Alonso Salazar y Fernán González. A todos ellos les doy las gracias.

2 Este es a grandes rasgos el enfoque conceptual utilizado por Alvaro Camacho y Alvaro Guzmán en *Ciudad y Violencia*, Bogotá: Ediciones Foro Nacional, 1990.

II. VIOLENCIA DE AYER, VIOLENCIAS DE HOY

1. La Violencia de ayer

Una breve descripción de algunos de los rasgos centrales de la Violencia³ de la década de los cincuentas y su comparación con las principales manifestaciones de las de hoy día servirán para sustanciar la tesis de su especificidad histórica. Hacerlo no es fácil, ya que adentrarse en la abundante literatura significa encontrar caracterizaciones extremadamente variadas⁴.

De otro lado, un examen liviano y somero como éste comete un pecado: deja de lado innumerables diferencias temporales y regionales que pueden alterar la imagen proyectada⁵. Hoy día hay un alto nivel de consenso entre los investigadores acerca de este punto, pero aquí no es posible adentrarse en mayores detalles, de modo que baste por ahora el reconocimiento de este *caveat*.

Es claro que la Violencia abarcó lo social, lo económico y lo político, y así el peso de cada uno sea objeto de desacuerdos entre los investigadores, parece hoy día aceptado que su rasgo fue el proceso de agresión de que fué víctima la población campesina de algunas regiones del país y que esa agresión tuvo fuertes bases en los comportamientos políticos de los habitantes locales. Comunidades enteras fueron atacadas independientemente de que hubieran actuado o no violentamente con anterioridad a la agresión, y que estos ataques se ensañaron contra poblaciones liberales y especialmente gaitanistas.

Y esto parece ser cierto aunque los lenguajes de los enfrentados intentaran resaltar o desconocer tal carácter; esto se reflejó especialmente en las denominaciones de los aparatos enfrentados: las organizaciones bélicas campesinas se autocalificaban como guerrillas, y sus miembros eran comandantes, capitanes o soldados, para asignarse una condición de combatientes militares, mientras que en el lenguaje usado por el gobierno y sus fuerzas armadas eran *chusma*: bandas o cuadrillas dedicadas al crimen y al pillaje económico. Aún así sobre las organizaciones campesinas pesaban lineamientos partidistas, tanto en cuanto se confrontaban entre sí en combates y/o persecuciones que involucraban pueblos y zonas reconocidos como liberales o conservadores, como cuando se enfrentaban con los cuerpos armados del gobierno.

Es claro también que las dimensiones de la economía fueron tornándose con el tiempo en claves de la acción. La expropiación de tierras mediante la expulsión violenta del campesinado, el robo de cosechas, la subvaloración de bienes para su compra a precios reducidos, el recurso a la contribución forzosa, el asesinato por contrato, fueron prácticas reconocidas del período⁶. Los escenarios componentes de este campo se expresaron claramente dejando ver que actores como los grandes o medianos propietarios, intermediarios, reducidores, comerciantes de propiedades robadas, abigeos, asesinos a sueldo, tuvieron una presencia conspícua, al lado de los guerrilleros políticos o simples campesinos indefensos.

Pero que las bases del conflicto no exclusivamente las lealtades o simbologías partidistas es tam-

3 El que al hablar de la Violencia se haga referencia al fenómeno ya bien conocido y cuyas descripciones parciales se hacen adelante, no excluye que en el período se dieran expresiones violentas de otro tipo, como las riñas, los atracos, etc., no asociados con el conflicto mayor. Quede claro también que un examen de la Violencia en su conjunto pasa por múltiples problemas. Daniel Pécaut lo advierte al indicar que los terrenos en los que la analiza son el contexto de violencias específicas, o la correlación de fuerzas (subrayado en el original); el modo de acción de los protagonistas, o la desorganización de los actores sociales colectivos; y la representación de lo político como Violencia estos tres elementos a su vez dan unidad a la Violencia. Daniel Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*, Bogotá: Cerec-Siglo XXI, 1987. Ver especialmente T. II, pp. 498 y ss.

4 Gonzalo Sánchez, "Los estudios sobre la violencia: Balance y perspectivas", en Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda (compiladores), *Pasado y Presente de la Violencia en Colombia*, Bogotá: Cerec, 1986, pp. 183-194.

5 Por ejemplo, acerca de los componentes urbanos de la Violencia, cfr. Pécaut, op. cit. y Herbert Braun: *Mataron a Gaitán*, Bogotá: Universidad Nacional, 1987 y "Los mundos del 9 de abril, o la historia vista desde la culata", en Sánchez y Peñaranda, op. cit.; Medófilo Medina, *La Protesta urbana en Colombia*, Bogotá: Ediciones Aurora, 1984; Ibid. "Bases urbanas de la violencia en Colombia. 1945-1950, 1984-1988" *Historia Crítica*, No. 1, enero-junio de 1989, Bogotá: Departamento de Historia, Universidad de los Andes, Sánchez, art. cit.

6 Carlos Miguel Ortiz, *Estado y subversión en Colombia*, Bogotá: Cerec-Cider, 1985; y "La Violencia y los negocios. Quindío años 50 y 60", en Sánchez y Peñaranda, op. cit., pp. 267-303. Gonzalo Sánchez, "Tierra y violencia. El desarrollo desigual de las regiones", *Analisis Político*, Bogotá: No. 6, enero-abril de 1989.

bién un hecho incontrovertible, como lo es que hubo una bidireccionalidad en todo esto, es decir, que los violentos podrían ser tanto propietarios como desposeídos, y que hubo violencia desde uno y otro polo de la relación, aunque es claro que la agresión y persecución a la población rural fueron dominantes. De hecho, hay una larga base empírica para establecer que las primeras manifestaciones de la Violencia tomaron por sorpresa y desarmados a los campesinos, y que en su respuesta defensiva la huída, el escondite y el refugio en centros urbanos precedieron a la organización armada, y que inclusive ésta no se generalizó a toda la masa agredida.

Los componentes culturales de los varios escenarios del campo socio-cultural se revelan en los enfrentamientos por intereses religiosos, la presencia de la Iglesia católica y los párrocos como actores centrales, las injurias y tropelías dirigidas a la familia, las venganzas de la sangre⁷, han sido profusamente descritos. Escenarios de este campo como los ajustes de cuentas, las limpiezas, la violencia familiar y la asociada a la sexualidad estuvieron todos presentes. Los campesinos que eran perseguidos, asesinados, o perseguían y mataban a partir de intereses partidistas, no se diferenciaban mayormente de los que lo hacían para exterminar enemigos religiosos o étnicos. La utilización de recursos como la Iglesia, los mensajes alusivos a las razones de la agresión o las formas específicas de ejecutar acciones violentas revelan esta dimensión de los escenarios, en los cuales se detecta igualmente la bidireccionalidad, aunque, de nuevo, con el peso mayor en el polo dominante de la relación.

Germán Guzmán⁸ ilustra algunas de las expresiones culturales del fenómeno que muestran los componentes de los escenarios y que con posibles variaciones describen al conjunto de las organizaciones campesinas combatientes: al principio

de la confrontación las armas eran artefactos elementales, como escopetas de fusto y bombas de fabricación casera, aunque más tarde lo fueron las arrebatadas al ejército y la policía, las aportadas por parte de su personal deserto y, en algunos casos, por dirigentes partidistas urbanos que vivían vicariamente las batallas.

El uso de insignias y símbolos como "Dios y madre", así como el sistema de comunicación mediante mensajes escritos en árboles o piedras, o las "boletas" escritas en hojas de mata de fique, describen el peso de componentes campesinos tradicionales; el conjunto del lenguaje cifrado, con referencias constantes a componentes de la vida rural, se agregan al sistema de apelativos y sobrenombres, a la música y canciones con ritmos de bambucos y de corridos mexicanos, y muy especialmente a la tanatomanía, caracterizada por indescriptibles sevicias concretadas en "cortes" de variada índole, para ilustrar el complejo cultural constituido por la Violencia.

Al lado de esta sintomatología se encuentran las varias expresiones de una violencia que en algunos momentos y lugares trató de volverse específicamente social, en el sentido de superar la contienda local y/o partidista y poner en la mira el orden social más general, como lo documentan entre otros Guzmán y Eduardo Franco⁹. La confrontación entre "limpios" y "comunes" de hecho implicaba una diferenciación clave, independientemente de que quienes conservaban las adhesiones partidistas quisieran adjudicarse a sí mismos una connotación de limpieza. La presencia del partido comunista en algunas zonas, especialmente en un período más o menos tardío de la primera oleada de violencia, también constata esta dimensión¹⁰. Más aún, no pocos sostienen que fue justamente el peligro de que la resistencia campesina escapara al control de las élites tradicionales lo que propició el golpe militar de 1953¹¹, y que por lo mismo Rojas Pinilla contó con el apoyo del partido liberal y una gran mayoría del conservador. Inclusive

⁷ Cfr. María Victoria Uribe Holguín, "Bipartidismo y masacres en el Tolima durante la Violencia", en *Análisis, conflicto social y violencia en Colombia*, Documentos Ocasionales No. 60, Bogotá: Cinep, 1990.

⁸ Cfr. Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, *La violencia en Colombia*, Bogotá: Tercer Mundo, 1964, T. II, pp. 384, ss.

⁹ Eduardo Franco Isaaza, *Las guerrillas del Llano*, Caracas, Editorial Universo, 1955.

¹⁰ José Jairo González Arias y Ely Marulanda, *Memorias de la colonización y de las guerras en el Sumapaz*, Bogotá: Cinep, 1990; Eduardo Pizarro, "Los orígenes del movimiento armado comunista en Colombia", *Análisis político*, Bogotá: No. 7, mayo a agosto de 1989.

¹¹ Cfr. Pécaut, op. cit., T. II, p. 514.

en ese período tardío, que ha sido caracterizado como de "bandolerismo", se dieron expresiones de una fuerte ambigüedad entre lo "bandolero" y lo político- social¹².

Aún dentro de esta diversidad, Eric Hobsbawm resume la multiplicidad de expresiones al caracterizarla como "una combinación de guerra civil, acciones guerrilleras, bandidaje, y simples matanzas no menos catastróficas por ser virtualmente desconocidas en el mundo exterior"¹³. Parecería que al menos en lo que respecta a la acción campesina los rasgos centrales de la Violencia pueden describirse, en el lenguaje de Alain Touraine, como una acción colectiva comunitaria¹⁴ en la medida en que en un polo el campesinado constituía comunidades de naturaleza tradicional que se enfrentaban con enemigos que amenazaban su existencia y/o identidad colectiva, aunque en la cúpula se ubicaran dirigentes partidistas y clasistas que pugnaban por el mantenimiento de un orden que si no era propiamente comunitario, sí pretendía la movilización a partir de la defensa de comunidades partidistas tradicionales. En este sentido, pues, la violencia fue fundamentalmente conservadora.

2. Las violencias de hoy

A pesar de que se reconozca alguna parcial continuidad de regiones e inclusive de personas, pocos autores estarían dispuestos a caracterizar la Violencia de ayer y las de hoy con las mismas categorías. Las transformaciones producidas por el desarrollo capitalista del país han alterado sensiblemente su estructura social; el acelerado creci-

miento urbano, la diversificación de los aparatos productivos, la reducción de las tasas de natalidad y fecundidad, la expansión del aparato educativo, entre otros, han producido cambios sustanciales que coexisten con la ausencia de reformas agraria y urbana y otras que reduzcan el enorme hiato existente en la distribución de riqueza e ingresos, y que se asocian con la ausencia de democracia y con un clima de descontento social.

De otro lado, cambios políticos como el Frente Nacional modificaron profundamente algunas de las fuentes de violencia partidista, pero su prolongación temporal y justamente la ausencia de cambios en otras esferas de la política generaron el efecto perverso de cerrar puertas al avance de una democracia que sirviera de mecanismo de convivencia y de freno a las gestiones violentas.

Y adicionalmente coyunturas particulares que no necesariamente están determinadas por los procesos anteriores han producido fenómenos como el narcotráfico y sus secuelas violentas, que impregnán hoy día la escena nacional.

Hoy día se insiste corrientemente en la diferenciación entre la violencia política, que se asigna a la guerrilla, y la "común", en la que se podrían incluir fenómenos tan disímiles como el narcoterrorismo, el asalto bancario, las matanzas o la violencia doméstica y barrial¹⁵. En el informe sobre la violencia entregado al gobierno nacional en 1987¹⁶ se sostuvo la tesis de la multiplicidad de

12 Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, **Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la Violencia en Colombia**, Bogotá: El Ancora Editores, 1983, esp. pp. 187-190.

13 Eric Hobsbawm, "La anatomía de La Violencia en Colombia", en Sánchez (compilador) **Once ensayos...**, p. 13.

14 Alain Touraine, **La voix et le regard**, París: Seuil, 1978, pp. 31, ss.

15 Un ejemplo bastante revelador de esta utilización del concepto de violencia de la delincuencia común se encuentra en el análisis que presenta **Coyuntura Social**; al examinar series estadísticas de homicidios violentos con el fin de tratar de precisar su naturaleza variada, se construyen tres categorías centrales: violencia política, de la delincuencia común y del narcotráfico. Para calcular la magnitud de la segunda (que corresponde a aquellos datos no incluidos en las otras dos), se propone un procedimiento estadístico explicado así:

... dado que en 1975 se registró uno de los niveles más bajos de violencia homicida antes de iniciarse el desbordamiento que ha llegado hasta nuestros días, podría suponerse que la cifra de homicidios correspondiente a 1975 señala la magnitud de la violencia social atribuible sencillamente a la delincuencia común, sin contaminación por violencia política o por la violencia del narcotráfico. Si esto se acepta, puede asumirse que esa magnitud absoluta crece a un ritmo constante, similar o ligeramente mayor al crecimiento vegetativo de la población. De hecho, para los fines del presente ejercicio se calculó para cada año de la década del 80 una cifra de "delincuencia separada" haciendo crecer el guarismo de 1975... en un 3% anual (o sea a un ritmo un poco mayor que la tasa de crecimiento poblacional, bajo el supuesto de que la urbanización creciente trae consigo un incremento adicional en la delincuencia)".

"Justicia y Criminalidad", en Fedesarrollo e Instituto SER de Investigación **Coyuntura Social**, No. 2, p. 32. Con este procedimiento se hace desaparecer cualquier determinación social de esa violencia, se la vuelve lineal y se pasan por alto las múltiples coyunturas que hayan podido tener incidencia en las cifras. Es más: al examinar las series anuales de 1958 a 1985 se observa que las tasas de violencia y de homicidios se comportan de tal manera que no siguen un patrón regular como el del crecimiento de la población. Cfr. Alvaro Guzmán, "Observaciones críticas para una teoría de la violencia", ponencia presentada al VI Congreso Nacional de Sociología, Bucaramanga, 1987, pp. 3, ss. Adelante presentaré un comentario acerca del tratamiento a la violencia del narcotráfico contenida en este documento.

16 Comisión de estudios de la violencia. **Colombia: violencia y democracia**, Bogotá: Universidad Nacional, 1987.

las violencias que campean hoy en el territorio nacional, y esta idea se puede sustanciar más aún a partir de un examen de algunos de los campos y escenarios económicos, políticos y socio-culturales más sobresalientes de las violencias contemporáneas: en el narcotráfico, sin duda el escenario más novedoso y que caracteriza más adecuadamente la coyuntura de violencia contemporánea, la situación es bastante compleja, ya que en él se sobreponen todos los campos de conflicto. Además si bien algunas de sus expresiones se pueden asociar a actividades económicas tradicionales violentas, como el secuestro, el contrabando, o la minería y comercio esmeraldíferos, en las que algunos narcotraficantes se iniciaron, su identidad es nueva y heterogénea y se expresa también en transformaciones en políticas del Estado y en modificaciones en varios aspectos culturales.

Sus actores: empresarios decididos a conquistar un mercado internacional a partir de la erradicación violenta de opositores y competidores¹⁸, aliados en muchas ocasiones con miembros de las clases altas tradicionales y hombres de negocios de limpios antecedentes que encontraron en el negocio una vía rápida de acumulación de capital; sectores medios y pobres que se aventuran en el tráfico internacional en su condición de transportadores de pequeñas cantidades, esperando así una rápida redención ante sus problemas económicos o estancamiento social; militares que reciben pequeñas o jugosas propinas por cerrar los ojos ante el negocio, o que se alían con grandes y medianos traficantes en su cruzada de exterminio contra campesinos y di-

rigentes populares; políticos que en ocasiones aceptan dineros para financiar gastos de campañas, abogados defensores, jóvenes que se alquilan como sicarios... Y de otro lado, dirigentes políticos, funcionarios judiciales o simples policías que mueren en la confrontación o son secuestrados y utilizados o liquidados como cartas de una baraja en un juego del que son ajenos. En fin, el repertorio actoral es bastante más rico de lo que cualquier escenario de la Violencia registraría.

En las violencias asociadas con el narcotráfico se pueden detectar al menos tres expresiones, y que se combinan con formas no menos violentas de respuesta estatal: las destinadas a eliminar competidores internos o de grupos rivales, las dirigidas contra representantes estatales o políticos que se oponen a su actividad, y las que buscan hacer desparecer a las fuerzas democráticas que intentan realizar un cambio político y social¹⁹. En cada una de ellas se conforman diferentes actores y alianzas, y los amigos y enemigos no son necesariamente los mismos en cada caso.

Esto no implica que en el escenario del narcotráfico se agoten las expresiones de violencia económica: en efecto, los ajustes de cuentas se dan en la vida privada tanto de otras mafias como de individuos no mafiosos que recurren a ella por su facilidad y eficacia frente a la impunidad generalizada. El sicariato, las autodefensas y los paramilitarismos tampoco son herramientas exclusivas de los narcotraficantes, ya que a ellos han recurrido terratenientes y propietarios no necesariamente ligados al tráfico de cocaína²⁰: otros intereses

17 Aureliano Buendía, "La zona esmeraldífera: una cultura de la violencia", *Revista Foro*, Bogotá: No. 6, junio de 1988.

18 Guy Gugliotta and Jeff Leen, *Kings of Cocaine*, New York: harper Paperbacks, 1990.

19 Alvaro Camacho Guizado, "Cinco tesis para una sociología política del narcotráfico y la violencia en Colombia", ponencia presentada a la Conferencia Internacional sobre Narcotráfico y Derechos Humanos, Oxford, 11-14 de junio de 1990 (para publicación posterior). Es de anotar que Hernando Gómez Buendía hace hincapié en esta misma diversidad, aunque con algunas variaciones de enfoque. Cfr. "¿Cuál es la guerra? Colombia, EE.UU. y la droga", en *Nueva Sociedad*, No. 106, marzo-abril, 1990, pp. 28-35.

20 En esto del cálculo de la violencia generada por el narcotráfico también se ha fantaseado un poco: por ejemplo, el citado estudio de Fedesarrollo y el Instituto SER presenta una cifra de 11.254 muertes producidas por la actividad en 1989, lo que representa un 48% del total de homicidios. Pero el autor de las cifras llegó a ellas a partir de una operación que consistió en restar del número de homicidios de cada año las muertes por razones políticas y los homicidios "esperados" por delincuencia común. El resto "correspondería a los homicidios atribuibles, directa o indirectamente, a factores nuevos, aparecidos desde mediados de la década del 70 en adelante y que serían ante todo relacionados con el narcotráfico. No se incluyen en esta cifra los asesinatos de la llamada "guerra sucia", porque ellos han quedado incluidos entre los homicidios políticos, sino los asesinatos que son cometidos por narcotraficantes ya sea por razones económicas o personales. A estos se añaden los asesinatos que se relacionan con las pugnas entre esmeralderos". Op. cit., p. 33. No parece muy creíble que los narcotraficantes y esmeralderos hayan matado en un año a 11.254 personas por razones ajenas a la política, pero lo más significativo es que el procedimiento estadístico tiene una cláusula de *caeteris paribus* lo suficientemente grande como para hacerla inaceptable. Lo que allí aparece como supuesto es realmente una hipótesis que requiere no sólo prueba, sino la elaboración de categorías menos englobadoras. Dejemos de lado, sin embargo, las implicaciones políticas y sociales de este tipo de presentación en cifras.

económicos de la más variada índole están en juego. Pero lo económico tampoco se agota en el narcotráfico: el incremento de la inseguridad ciudadana por la acción de delincuentes: raponeiros, salteadores, extorsionistas, la tendencia creciente a los secuestros extorsivos, todo esto revela la multiplicidad de escenarios de conflicto económico que tienen expresión violenta tanto en lo público como en lo privado²¹.

De otro lado ya varios investigadores han aportado elementos para una descripción bastante detallada de la naturaleza del conflicto armado entre el Estado y las guerrillas. Estas son hoy verdaderas organizaciones profesionales político-militares independientes de los partidos tradicionales y con orientaciones claramente dirigidas hacia el cambio radical de la sociedad colombiana, a pesar de sus diferentes matices y orígenes²². Cuentan además con organizaciones de masas urbanas y rurales paralelas que extienden el ideario en el terreno de lo civil, y por lo mismo desbordan la confrontación armada.

Y del lado del Estado, sus políticas han tendido a diversificarse entre la solución puramente militar basada en el anticomunismo y la doctrina de la seguridad nacional y la apertura democrática con negociación política, lo que sin duda ha implicado tanto un fortalecimiento como un desgaste de los cuerpos armados que no pueden ganar la contienda, pero que siempre arguyen que están al borde de hacerlo. Supuestamente sólo requieren un incremento presupuestal y mayor independencia del poder civil.

Sin embargo, en el terreno de los intentos de solución las políticas estatales reconocen que no se pueden agotar en el tradicional ciclo de amnistía y rehabilitación, porque lo que está en juego es algo más que un retorno de campesinos en armas a parcelas o a precarias formas de ejercicio laboral urbano²³.

Al mismo tiempo el Estado ha extendido su acción a regiones en las que anteriormente no tenía presencia o ésta era precaria: o sea que si bien se puede argüir que de alguna manera la confrontación entre el Estado y la guerrilla ha sido un componente de colonización armada, también lo ha tenido de extensión territorial estatal. No hay manera de sustentar que en ausencia de conflicto armado en esas regiones el Estado hubiera extendido su acción. En este sentido la guerrilla es una base esencial de la expansión territorial de la sociedad y el Estado colombianos.

Pero la lucha armada es sólo una parte de la confrontación: a la contienda puramente militar se agregan las condiciones materiales de existencia de grupos armados económicamente improductivos y que necesitan no sólo subsistir, sino incrementar su capacidad de presión y combate. Ante la precariedad de verdaderos soportes financieros urbanos y el corte de la ayuda internacional, el secuestro, el boleteo, la vacuna, se convierten en prácticas que involucran directamente a la población civil que no está vinculada a la confrontación pero que se asienta en las áreas de presencia guerrillera, en donde también es frecuentemente victimizada por la acción militar de las fuerzas armadas del Estado.

A estas formas de conflicto se agregan las frecuentes movilizaciones de masas campesinas en las que se ponen en juego tanto sus intereses políticos propios, concretados en las demandas de desmilitarización y pacificación regional, como intereses económicos, relativos a problemas de infraestructura, mercadeo y redistribución de tierras.

En la misma línea de argumentación sobre las diferenciaciones de las violencias, en el trabajo que realizamos Alvaro Guzmán y el autor sobre Cali²⁴ se pueden observar las complejidades y particularidades de la violencia urbana, fenómeno bastante novedoso, así nuestras ciudades hayan sido tradicionalmente violentas y la Vio-

21 Carlos Miguel Ortiz, "Comentarios a las ponencias de Alvaro Camacho y Alvaro Guzmán", en Nora Segura de Camacho (Compiladores), *Colombia: democracia y sociedad*, Cali-Bogotá: Cidse-Cerec, 1988, pp. 339-350 (las ponencias respectivas son: "Dimensiones de lo público y lo privado en la violencia urbana en Cali" y "Escenarios de la violencia en Cali").

22 Cfr. William Ramírez Tobón, "La Guerrilla Rural en Colombia: ¿Una vía hacia la colonización armada?", *Estudios rurales latinoamericanos*, Bogotá: V. 4, No. 2; Arturo Alape, *La paz, la violencia: testigos de excepción*, Bogotá: Planeta, 1985; Olga Behar, *Las guerras de la paz*, Bogotá: Planeta, 1985; Comisión de estudios sobre la violencia, *op. cit.*

23 Gonzalo Sánchez, "Rehabilitación y Violencia bajo el Frente Nacional", *Analisis Político*, Bogotá: No. 4, mayo-agosto de 1988.

24 Camacho y Guzmán, *Ciudad y violencia*, *op. cit.*

lencia rural de los cincuentas haya estado estrechamente asociada con expresiones urbanas²⁵. Al examinar los datos para las mayores ciudades encontramos que, por ejemplo, las tasas de criminalidad para Medellín y Cali son sensiblemente más altas que las de Bogotá, y superan con creces las de Barranquilla. Al mismo tiempo Popayán y Villavicencio tienen consistentemente los índices más altos de delitos contra la vida y la integridad personal, lo que muestra que el tamaño de las ciudades no es determinante fundamental de la violencia criminal. Esto significa que no es tan sólida la creencia más o menos común acerca de la cultura de la violencia urbana.

Al examinar con algún detalle las características de los campos sociales de conflicto y los escenarios en Cali durante el período 1980-1986 encontramos que el económico dio cuenta de un tercio de los hechos, mientras que el político no alcanzó a subir a un décimo y el social abarcó un poco más de la mitad. En el campo económico la violencia se ejerció prioritariamente desde el polo dominado de la relación social (es decir, de pobres contra ricos), pero el que hubiera casi un 20% de casos de violencia de ricos a pobres es revelador de la alta valoración de la propiedad, que se puede colocar por encima de la vida humana. En el campo político observamos un equilibrio en la dirección: es decir, la violencia de los defensores del sistema político se empareja con la de quienes lo retan. Y en el campo social se concentra básicamente en el polo dominante, con un 98% de los hechos, lo que significa que fue ejercida casi exclusivamente por quienes buscaban mantener un orden de dominación específico en sus relaciones privadas o quienes pretendieron en su momento acabar con los indeseables de la ciudad. El que casi dos tercios de los hechos en los tres campos fuera adjudicable a los dominantes llama la atención sobre la naturaleza del conflicto en la ciudad durante la década. No se puede olvidar que durante parte de ella se llevó a cabo el proceso de urbanización de la guerrilla, y que tanto Cali como su vecina Yumbo fueron espacios privilegiados de la confrontación con las fuerzas del Estado y de quienes en su momento asumieron para sí el papel de aseadores de la ciudad.

Y al mirar los escenarios más particularizados encontramos que el más frecuente fue el de los atracos, seguido de las riñas y alcohol, los ajustes de cuentas, los enfrentamientos militares, las limpiezas, la familiar y la de sexualidad. Detallemos un poco esto: los atracos fueron algo más de un tercio de los casos, las riñas casi un cuarto y los ajustes de cuentas cerca de un quinto. Los enfrentamientos políticos tuvieron una cifra muy baja, pero al sumarlos con las limpiezas (que recayeron tanto sobre indeseables y estigmatizados sociales como sobre dirigentes y/o simpatizantes de organizaciones de izquierda) la cifra asciende sensiblemente.

En los varios escenarios se configuran, desde luego, actores diferentes: soldados y policías contra guerrilleros y simpatizantes de la izquierda; civiles que en su momento auxiliaron a las fuerzas armadas en el combate contra la subversión; escuadrones de la muerte que realizaron verdaderas orgías de muerte durante 1986 y que pretendieron limpiar a la ciudad, asumiendo inclusive nombres de insecticidas; borrachos pendencieros, pobres del bajo mundo, como recolectores de basura, vendedores de drogas prohibidas, prostitutas y mendigos, empresarios deseosos de eliminar competidores, ciudadanos renuentes a pagar deudas, maridos intolerantes, todos ellos configuran, como víctimas o como victimarios, el elenco actoral de los escenarios de la vida caleña de la década.

En esto de los actores es necesario destacar la presencia de dos de ellos cuya diferenciación, que también se expresa hoy día en varias regiones del país, es de capital importancia: en efecto, en la violencia "por tercera mano", aparecen paralelamente el sicario y el escuadrón de la muerte. El primero es notorio principalmente en los escenarios de la vida privada, como los ajustes de cuentas; el segundo se especializa en las limpiezas. En el primer caso se trata de individuos privados que se contratan ocasional o permanentemente para el oficio. En el segundo, tanto de ciudadanos que decidieron convertirse en justicieros como de miembros de las fuerzas de seguridad que en algunos momentos desbordaron

25 Daniel Pécaut, *Orden y violencia*, op. cit., T. I.

sus líneas de autoridad y contención y optaron por construir y eliminar enemigos sociales²⁶.

Fue particularmente revelador el que el escenario de narcotráfico tuviera una bajísima representación, a pesar de la publicitada existencia de un cartel caleño. Sólo muy pocos casos asomaron a la prensa, y aquéllos que podrían ser ubicables en ese escenario consistieron fundamentalmente en ajustes internos de cuentas aparentemente entre mandos medios o traficantes relativamente pequeños. Esto de por sí diferencia a Cali de Medellín, a la vez que ilustra sobre componentes particulares de la política local, los sistemas de manejos de tensiones, la estructura social y los rasgos culturales en las dos ciudades.

Finalmente, entre los más relevantes hallazgos está la variación temporal de los escenarios: en efecto, mientras algunos de ellos, como los atracos, las riñas y la violencia familiar tuvieron un comportamiento similar durante el período de la investigación, otros, como los enfrentamientos militares y las limpiezas variaron sensiblemente. En otras palabras, los escenarios de lo privado y de lo público tuvieron comportamientos diferentes, lo que permitió hacer afirmaciones acerca de la naturaleza coyuntural de algunas expresiones de violencia.

Contrastan esta perspectiva y hallazgos con lo que se puede inferir a partir de los testimonios recopilados por Alonso Salazar en torno de la violencia juvenil en Medellín²⁷. A partir de éstos es posible encontrar que si bien la actividad narcotraficante tuvo un papel relevante en el estímulo de esa violencia, también otros fenómenos, como la acción más militar que política del M-19, tuvieron una fuerte incidencia. Algunos de los entrevistados por Salazar hicieron énfasis en el hecho de que esa organización se preocupó más por la capacitación militar urbana que por la formación política, lo que se tradujo en que algunos de los jóvenes que se acercaron a los campamentos tuvieron un adiestramiento militar y organizativo que luego del abandono de la ciudad por la militancia del M-19 les sirvió como base para la formación de pandillas delincuentes juveniles. Vale la pena comentar a este respecto que Cali también vivió esos campamentos

y esas acciones, en mayor magnitud inclusive, y que también a partir de allí se originaron pandillas. Sin embargo, no tuvieron ni tienen la dimensión que adquirieron en Medellín. Se podría especular en torno a las prácticas filantrópicas desarrolladas por algunos sectores dirigentes oficiales y privados de la ciudad, quienes con sus acciones sociales de apoyo a las comunidades más pobres pudieron contrarrestar el desarrollo criminógeno de esas pandillas.

Paralelamente con esas organizaciones juveniles, otros actores han hecho su aporte significativo a la violencia de Medellín: los grupos de limpieza barrial, que al parecer desde un principio se organizaron como máquinas de muerte. Los testimonios respectivos muestran cómo sus integrantes se autodefinen como defensores de la comunidad y actúan sobre la base del restablecimiento de un orden ciudadano, y obviamente no comparten con los llamados pandilleros los rasgos sociales que se han acuñado para caracterizarlos. Parecerían amoldarse a una esfera y a unas determinaciones socioculturales bastante diferentes.

Salazar también presenta fragmentos testimoniales que muestran cómo el fenómeno medellinense va más allá de los síndromes de la "cultura de la muerte" encarnada en los jóvenes. La corrupción policial y judicial claramente nutre a la violencia de la ciudad a partir de otras consideraciones: si algo queda claro de los testimonios es que muchos policías, jueces, guardianes de cárcel, abogados, entre otros, encuentran en las prácticas violentas fuentes importantes de ingresos, es decir, que responden a una determinación bien diferenciada de la anterior.

El autor también incluye testimonios de empresarios de muerte: individuos que tienen como forma de ingresos el contratar sicarios para el cumplimiento de "trabajos", que pueden ser solicitados por una amplia gama de personas (políticos, comerciantes, etc.) cuyos conflictos se resuelven fácilmente mediante el recurso a esa cadena organizacional descrita arriba.

26 Eibar Tomás Velasco y Gloria Inés Montoya, *La violencia de limpieza en Cali*, Tesis de grado, Cali: Departamento de Sociología, Universidad del Valle, 1990.

27 Alonso Salazar, *No nacimos pa' semilla. Testimonios sobre la violencia juvenil en Medellín*, Bogotá: Cinep, 1990.

Y algo que no se recoge en los testimonios, pero que hoy día es ampliamente reconocido, es que una buena parte de esa violencia ha sido realizada por agentes de los cuerpos locales de seguridad, y cuyos móviles pueden ser venganzas, cobros de "mordidas", exceso de celos de limpieza, entre otros.

Otros analistas de la violencia de Medellín, como Héctor de los Ríos y Jaime Ruiz, le asignan al narcotráfico el papel preponderante en la explicación del fenómeno, y en particular del desarrollo de la violencia en su versión de "mercancía", concretada en el sicariato. Sin embargo, estos investigadores incluyen dentro de esa modalidad sicarial a la totalidad de las bandas de la ciudad, lo que a partir de las informaciones de Salazar parece inaceptable.

De los Ríos y Ruiz dan bases para explicaciones sociológicas que permiten dilucidar, por ejemplo, los mecanismos de racionalidad, instrumentalidad y control de la violencia de la ciudad. En efecto, es visible cómo hay procesos de incrementos y reducciones en algunas formas a partir de eventos políticos concretos, como ofertas de negociaciones entre contendientes, o cambios en algunos aparatos de inteligencia y seguridad estatales.

El trabajo sobre Cali nos suscitó a los autores algunas preguntas y reflexiones partir de las cuales es posible detectar el tipo de perspectiva teórica que nos inspiró:

De nuevo, es pertinente preguntarse ¿qué hay en una ciudad que puede concitar unas violencias como las aquí mostradas? ¿Tienen otras ciudades colombianas esos mismos rasgos? No parece, por la información disponible, que Medellín o Bogotá puedan ser equiparadas con Cali en este respecto. Parecería que esas ciudades son más fragmentadas, más cruzadas por conflictos socioeconómicos y socioculturales; es decir, con menos capacidad de sus clases dominantes para crear el espacio de la hegemonía y la organicidad que se asocia tanto con muestras de inocultable civismo como de violencia de limpiezas. Parecen ser más signadas por competencias en sus fracciones

dominantes, con nuevos sectores que retan el poder económico y social tradicional, y que ejercen influjo a lo largo de la escala de estratificación social, y con unos sectores populares que a ojos vistos son más desafectos del orden que se trata de mantener, pero que carecen de posibilidades para presentar alguna forma de reto organizado al mismo. Su violencia tiende a ser más fragmentada, desorganizada y ligada con dimensiones privadas o públicas no estatales de la vida social...²⁸.

III. LAS COMPARACIONES: CONTINUIDADES Y DISCONTINUIDADES

Las descripciones y comparaciones anteriores aportan bases para sustentar que si bien es cierto que la violencia ha sido permanente en Colombia en las últimas décadas, también lo es que las diferentes dinámicas y espacios de expresión impiden hablar de una sola Violencia: hacerlo sería caer en un nominalismo abstracto poco útil para la comprensión del fenómeno. Parece claro que las diferentes violencias han respondido a diversas determinaciones y que sus manifestaciones revelan cambios sustanciales en la aramazón de la sociedad colombiana. Más aún, debería ser claro que algunas de ellas, si bien evocan rasgos del pasado, responden a coyunturas particulares que no se infieren de ningún curso inexorable o esencialista de nuestra historia.

Esta última afirmación implica a su turno especificar que la violencia, como elemento fundamental de las relaciones sociales, expresa condiciones históricas y particulares de esas relaciones, y en ningún caso está por encima o aparte de éstas. Eso significa que ella, si bien materializa rasgos globales decantados de nuestra sociedad, también es un elemento de dinamización de relaciones sociales, a la vez que encuentra impulsos en situaciones concretas de nuestra conformación actual.

Tomemos de nuevo como ejemplo el narcotráfico e insistamos en que su naturaleza como fenómeno social, económico y político concreto no puede deducirse de condiciones del pasado ni de esce-

28 Camacho y Guzmán, op. cit., pp. 214-215.

nario pretérito alguno. Otro sería el cantar si el fenómeno no hubiera interactuado con factores como el proceso de restauración de un fundamentalismo religioso e intolerante en los círculos de poder ideológico y político en Estados Unidos, que llevó a una política de represión radical a la producción de drogas psicotrópicas; una crisis económica y financiera en el país, acompañada de una política neoliberal desestimuladora de la industria y el empleo formal, una particular conformación de la situación en algunas regiones rurales y ciudades colombianas, entre otros fenómenos.

El escenario de los enfrentamientos militares, es decir, la confrontación entre las fuerzas armadas y las guerrillas, ha experimentado sensibles transformaciones en sus versiones contemporáneas en las claras diferencias tanto en términos de los actores como de los procesos asociados²⁹. No parece haber duda de que las de hoy reflejan un contexto histórico específico, que ya no estamos frente a una acción colectiva desorganizada y que la confrontación desborda el ámbito de lo político como construcción de violencia.

La comisión de estudios de la violencia resumió así el cambio radical en una de sus dimensiones:

...los rebeldes de los años 50 operaban mayoritariamente dentro de una perspectiva de **incorporación al poder**. Su razón de ser estaba en su capacidad de representar a los excluidos del poder. Pero carecían de horizonte propio. Su horizonte era el que les imponían sus jefes, que no era otro que el de la posibilidad para éstos de entrar a **compartir el poder**. Las fuerzas insurgentes de hoy, por el contrario, operan dentro de una estrategia de **destrucción-sustitución del poder**, es decir, con una perspectiva que se proclama a sí misma revolucionaria³⁰.

Es decir, entre las guerrillas del ayer y las de hoy hay diferencias tan sustanciales que la sola perduración de algunos de sus miembros no permite calificarlas de semejantes. Esa continuidad y perpetuación de algunos personajes comitantemente con cambios tan fuertes,

podría posiblemente, **caeteris paribus**, ilustrar un mecanismo por el cual ellas mismas se vuelven parte de una cultura particular.

Pero a pesar de la diferencia de períodos, algunas manifestaciones contemporáneas tienen inquietantes diferencias y semejanzas. El pájaro y el sicario son un ejemplo. El primero es descrito así por Guzmán:

Nace en el occidente de Caldas y es perfeccionado en el Valle. Integra una cofradía, una mafia de desconcertante eficacia letal. Es inasible, gaseoso, inconcreto (sic), esencialmente citadino en los comienzos. Primero opera solo en forma individual, con rapidez increíble, sin dejar huellas. Su grupo cuenta con automotores y "flotas" de carros comprometidos en la depredación, con choferes cómplices en el crimen, particioneros del despojo. Su modalidad más próxima es la del sicario... Al principio no asesinan infelices, sino a gente de nota sindicada de apoyar la revolución o a dueños de haciendas, especialmente cafeteras, cuya cosecha sirva para acrecer el fondo de la organización. Aquí se habla de "organización"; en las toldas liberales de "movimiento". Asesinar a alguien constituye un "trabajo". Al pájaro se le llama para "hacer un trabajo"... y se ajusta el precio y se conviene la partida... La mecánica política se monta contra comités y directorios municipales. A mano de los pájaros caen los miembros liberales de estos organismos con precisión cronométrica, sin respetar lugares ni personas y sin esperar castigo para los criminales porque las gentes se arredran y no los denuncian... Serán famosos: el "Cóndor" León María Lozano, "Pájaro Azul", "Pájaro Verde", "Pájaro Negro", "Lamparilla", "Turpial", "Bola de Nieve". Todos tuvieron un record (sic) delictivo increíble. Basta recordar que sistemáticamente dieron de baja a muchos jefes liberales cumpliendo la consigna de realizar la violencia "por lo alto"³¹.

La versión contemporánea ha sido descrita así:

De preferencia, aunque no exclusivamente, los pájaros actuaron a partir de adhesiones partidistas o movidas por lealtades personales a dirigentes regionales. Su acción se ejecutaba en

29 Gonzalo Sánchez, "Tierra y violencia...", op. cit.; William Ramírez Tobón, "Estado, violencia y democracia en Colombia", en Nora Segura (comp.), op. cit.

30 Comisión, op. cit., p. 35.

31 Guzmán, et. al., pp. 165-166.

nombre de un orden político-económico que se consideraba amenazado o que se quería imponer. La relación monetaria, por lo general, se subordinaba a la adhesión personal del ejecutante a su amo y señor. La forma actual, en cambio, tiende a omitir tales consideraciones, a despojarse de dimensiones políticas o éticas y a convertirse en un oficio cuya única motivación es la paga. Es frecuente el caso en que el ejecutor ni siquiera conozca a su futura víctima... El sicario es un pistolero al servicio del mejor postor: sin lealtades ni adhesiones a grupos organizados, indiferente respecto a sus víctimas, su actividad se materializa en un contrato por el cual ejecuta la muerte a cambio de una remuneración. Esto se traduce en que, a diferencia de los escuadrones de la muerte o de las bandas violentas del crimen organizado asociadas al comercio ilícito, el objetivo para el cual se contrata su actuación es indiscriminado... Puede ser un ajuste de cuentas por razones económicas, familiares, de honor; puede ser un acto de justicia privada contra un violador de promesas, contratos, órdenes y códigos privados. Puede ser contra un representante del Estado o de la opinión pública: nadie está seguro frente al sicario... Tres actores centrales se conjugan en la actividad: el contratante, individuo o grupo organizado; el empresario organizador del "trabajo", y el ejecutante, último eslabón de esta cadena de muerte³².

En síntesis, la modalidad moderna ha convertido al sicariato en una verdadera empresa, en la que los diferentes actores pueden formar parte de mundos culturales y tener intereses completamente disímiles. Este punto es clave para ver la diferencia entre las formas viejas y nuevas: en efecto, lo que en la primera podría verse como un sistema de adhesiones y adscripciones, en la segunda se convierte en un mecanismo dotado de alguna racionalidad instrumental. La modalidad así se fragmenta, de manera que si bien el fenómeno es formalmente similar, en su realidad cultural difiere sustancialmente. El contratante puede tener cualquier clase de intereses; el contratista es un empresario que lucra, y el ejecutor puede ser ese adolescente par-

ticipante de un complejo cultural en el que parecen mezclarse sincréticamente elementos religiosos y mundanos, tradicionales como el culto a la virgen y a la madre y la valoración de la muerte; modernos como la música rock, la pinta punk, el uso de vestimentas presuntamente copiadas de los jóvenes de las clases altas, la motocicleta y la "tartamuda" (ametralladora)...³³

Lo que si parece ser claro es que los rasgos culturales que describen culturalmente al sicario no necesariamente se aplican a sus similares de otras regiones y ciudades, o a quien lo contrata para que vengue una afrenta, amenaza o deuda impaga que un tercero considera debe arreglarse con la muerte. El no haber tenido esto en cuenta ha llevado a analistas de la violencia urbana de Medellín a unificar un fenómeno no unificable, y lo que es más grave, a las autoridades a tratar de resolver el problema encarcelando provisionalmente en escuelas públicas a jóvenes de distintas condiciones y orientaciones.

Otros actores con diferencias y parecidos son los chulavitas del pasado y los escuadrones de la muerte de hoy: los primeros fueron campesinos explícitamente seleccionados en una región del país para que, como integrantes de la policía, ocuparan y limpiaran a ciertos municipios de sus pobladores liberales y erradicaran a las guerrillas³⁴. Eran, pues, agentes estatales directos, y cumplían una tarea que se suponía contaba con la legitimidad de ser oficial, aunque realmente operaban a partir de los intereses concretos de un partido político, más que del Estado.

Los de hoy pueden tener un origen variado: algunos han sido creaciones de las Fuerzas Armadas en virtud de una disposición legal que las autoriza para armar civiles, pero que han adquirido una dinámica propia y han desbordado los propósitos originales de autodefensa; otros tienden a ser productos de alianzas tanto de narcos como de militares y terratenientes³⁵. Algunos de ellos en sus versiones rurales se llaman paramilitares, y aunque se tienda a confundirlos con

32 Comisión, op. cit., pp. 21 y 96-97.

33 Salazar, op. cit.; Laura Restrepo, "La cultura de la muerte", Semana, No. 408, 27 de febrero a 6 de marzo de 1990.

34 Guzmán, et. al. op. cit. Algunos de ellos continuaron sus tareas de exterminio una vez independizados de la fuerza pública. Cfr. Ortiz, Estado y subversión... op. cit., pp. 142 y ss.

35 Carlos Medina Gallego, Autodefensas, paramilitares y narcotráfico en Colombia, Bogotá: Editorial Documentos Periodísticos, 1990.

los sicarios, su diferencia central estriba en que responden a intereses económicos y políticos específicos concretados en la eliminación de dirigentes campesinos y en supuestos auxiliadores de las fuerzas guerrilleras insurgentes. En sus versiones urbanas pueden ser, como en Cali, Pereira, Bucaramanga y Medellín, tanto ciudadanos privados que se organizan para realizar labores de limpieza barrial, como agentes de la policía desaconductados que asumen para sí mismos las tareas que la institución no puede realizar legal y legítimamente.

Otra forma que se proyecta al presente, aunque con distintas modalidades, es la del boleto. En la Violencia tenía el propósito central de amedrentar y exigir la evacuación de lugares y regiones a los indeseables. Hoy día, si bien este mecanismo continúa, existe también como fórmula de obtención de recursos. Y ya no se trata simplemente del campesino advertido mediante una hoja de fique: ahora hablamos de los mensajes enviados a las grandes multinacionales petroleras. Pero no sólo los montos producen las diferencias: los actores se han diversificado, y no sólo las guerrillas acuden a la práctica: se ha mostrado cómo en múltiples circunstancias ajenas a la confrontación política central se recurre a la utilización de secuestrados y rehenes con fines de enviar mensajes o de iniciar negociaciones.

Otros componentes de los escenarios, en cambio, presentan diferencias evidentes con las modalidades de ayer. Las escopetas de fisto, las culebrinas artesanales y los machetes son completamente obsoletos frente a las Mini-Ingram, Mini - Uzi y otras ultramodernas armas de repetición que acompañan a los carros-bomba y otras herramientas de violencia, señalando así un cambio radical que remite a una nueva expresión económica, política y socio-cultural.

Insistamos, pues, en que hay algunos fenómenos cuyas formas tienden a reproducirse hoy, pero que esto no autoriza a exagerar la idea de la continuidad. De hecho, ningún investigador del fenómeno actual aceptaría la caracterización como comunitaria para incluir la violencia guerrillera, el narcoterrorismo, el paramilitarismo, las auto-defensas,

las violencias de la vida privada. Y esto es así a pesar de que en algunas regiones de Colombia es posible detectar hoy la eventual presencia de formas violentas propias del pasado y del presente, en una inquietante simbiosis³⁶.

Razón tenía la comisión de estudios de la violencia para enumerar al menos las modalidades del crimen organizado contra políticos y periodistas; del crimen organizado contra personas privadas; de las guerrillas contra el Estado; de grupos alzados en armas contra particulares; de organismos del Estado en ejercicio de la guarda del orden público; del Estado contra movimientos sociales de protesta; del Estado contra minorías étnicas; de particulares no organizados; de particulares organizados; de las vidas privadas³⁷.

IV. A MODO DE SINTESIS Y CONCLUSIONES

En síntesis: se ha tratado de mostrar cómo entre la Violencia de los años cincuenta y las violencias contemporáneas hay líneas de continuidad y discontinuidad, pero que tratarlas a partir de categorías descriptivas y no analíticas no enriquece la perspectiva, la cual debe partir de considerarlas no como algo meta-social sino como un componente de relaciones sociales históricas concretas; que la peculiaridad de algunas de ellas reside en su índole coyuntural, como parte integral de situaciones cuyas especificidades es posible dilucidar. Ello significa reconocer que las relaciones sociales violentas crean sus espacios de expresión y sus propias formas culturales de desplegarse. Es decir, que esas violencias se asocian a conjuntos de acción social claramente identificables, en los que la precariedad de prácticas civilizatorias y modernizantes que reduzcan el ámbito del privilegio obtenido a partir de la fuerza y el poder sin control, permitan el despliegue de un proceso real de democratización que abarque no sólo al terreno institucional estatal, sino al conjunto de la vida social en nuestro país.

De la identificación de la naturaleza de las relaciones violentas y de los mecanismos que las estimulan y permiten su expresión institucionalizada se deducen muchas de las tareas de los demócratas de hoy y de mañana.

36 José Joaquín Bayona, "Continuidades y discontinuidades de la violencia en Colombia: el caso de Trujillo", ponencia presentada al III Simposio Nacional sobre la Violencia en Colombia, Chiquinquirá, 1990.

37 Comisión, op. cit., pp. 19-21.